

HERMENEUTICA BIBLICA

Humberto Jiménez G.

La palabra "hermenéutica" procede del verbo griego **hermenéuein** que significa afirmar, proclamar, interpretar o esclarecer y finalmente traducir. De él se derivan **hermenéus**, intérprete, y **hermenéia**, el arte de interpretar.

Muestra pues este verbo una multiplicidad de significados, los cuales radican, sin embargo, en una cosa común: algo debe ser hecho inteligible, debe lograrse que sea entendido.

Filológicamente la palabra hermenéutica parece decir relación con el personaje Hermes (el Mercurio de los romanos), mensajero de los dioses, a quien el Panteón griego atribuyó el origen de la lengua y de la escritura. Este mismo personaje en su condición de mensajero de los dioses era relacionado con el arte de la intelección, interpretación o captación de sentido de los oráculos divinos propuestos generalmente en

enigmas. A este respecto es significativo el texto de los Hechos de los Apóstoles 14, 11-13:

"La gente (de Listra), al ver lo que Pablo había hecho, empezó a gritar en licaonio: Los dioses han bajado hasta nosotros en figura de hombres. A Bernabé lo llamaban Zeus y a Pablo Hermes, porque era quien dirigía la palabra".

Una hermenéutica o interpretación está ya de por sí supuesta en toda expresión o símbolo lingüístico, cuya finalidad sea precisamente suscitar una captación de sentido, convertir algo en inteligible.

Como la palabra tiene varias acepciones, quizás es conveniente precisar el sentido que le damos. La hermenéutica designa en primer lugar la ciencia de las reglas de interpretación del texto bíblico. Después el arte de interpretar los textos en general y luego el arte de comprender, de descubrir lo que no está manifiesto. Hoy se emplea la palabra como sinónimo de interpretación, pero con un sentido más rico. La interpretación debe franquear la distancia cultural que nos separa de los textos, al mismo tiempo que el espacio que separa el discurso de aquello que debe decir.

La hermenéutica bíblica está fundada en el hecho de que la Palabra de Dios revelada en Jesucristo, atestiguada por la Biblia y predicada por la Iglesia, no es idéntica a la letra de la Escritura. En efecto, por una parte la acción reveladora de Dios es siempre trascendente a las figuras que ella misma adopta. Por otra, la única revelación es la que se recibe en la fe: una revelación no recibida como tal por alguien no sería revelación; la palabra de la Biblia es una mera palabra humana para quien no la recibe como testimonio de la Palabra de Dios. Esta pues sólo se convierte en realidad viva en la fe que la acoge. Por eso es distinta de la letra de la Escritura. Ahora bien, como acoger la Palabra de Dios en la fe, donde se convierte en presencia activa, implica cierta comprensión de esa Palabra, dicha recepción es ya un

acto de interpretación. De modo que la Revelación divina se convierte en realidad viva en un acto de hermenéutica. Lo que fundamenta la posibilidad y la necesidad de una hermenéutica bíblica es precisamente el hecho de que no hay revelación recibida sin una interpretación. La Biblia no es depósito cerrado que ya lo dijo todo. Es un texto, pero un texto que "dice" en presente y que habla como texto, no como una palabra difusa y existencial que sólo tiene el sentido genérico de informarme. La tensión entre ser un texto fijado en un horizonte cultural que ya no es el nuestro y ser una palabra viva que provoque una respuesta de mi parte, sólo se resuelve por una relectura fecunda. Esto es enunciar el problema de la hermenéutica bíblica.

La Biblia es la expresión en palabras humanas de la Palabra de Dios, dirigida a los hombres para su salvación. "Oye, Israel" (Deut. 6,4); "Comprendeís lo que he hecho?" (Juan 13, 12): oír y comprender constituyen la respuesta del hombre a la Palabra de Dios.

El oír es la apertura existencial al ser, en cuanto el ser está "con" el otro, en frente a él. El comprender, que parte de esta apertura, es el encuentro, la proximidad, la afinidad, la comunión con el que habla, con su intencionalidad, con su mundo, con su mensaje. El principio hermenéutico por excelencia es el amor. Hay que amar para entender. O como dice el zorro, hablando en el Principito, en la obra de A. de Saint-Exupéry: "lo esencial es invisible a los ojos; sólo se comprende con el corazón".

Las palabras más difíciles de entender son aquellas que, depositadas en un escritor, nos llegan desde lejos. Un texto es la realización de una idea, el encarnarse de una intencionalidad, de un proyecto, de un mensaje, en aquel extraño material que son los signos lingüísticos y las categorías culturales de las que se ha servido el autor para expresarse. El lector serio está tensionado por el esfuerzo hecho para comprender lo que el escritor dice; el primer lugar para



tal comprensión es el texto.

La interpretación es un itinerario largo y difícil que compromete toda la subjetividad. "No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras en el camino nos hablaba y nos declaraba las Escrituras?" (Lc. 24, 32).

El comprender es un ir y venir desde mí al texto y desde el texto a mí. Es una colaboración hecha entre el lector y el autor y compromete al intérprete a un escuchar obediente.

Uno está en estado de comprensión, si está abierto a la exigencia interpeladora de la palabra y de la Palabra. Se puede leer, estudiar, y comprender simplemente como un intelectual: se toma nota, se respeta, quizás se reconoce como verdadera y como digna de admiración la Biblia, pero esto no basta para comprenderla. Se requiere la actitud creyente. Es necesario escuchar la Palabra y comprenderla como imperativo absoluto para la propia vida, certeza irrefutable para la propia decisión. "Este lenguaje es duro, quién podrá entenderlo?" (Juan 6, 60); "Quien quisiere hacer la voluntad de El, conocerá si mi doctrina es de Dios o es mía" (Juan 7, 17).

La hermenéutica moderna nace indiscutiblemente con F.D. E. Schleiermacher, pero la hermenéutica como arte y ciencia de interpretar la divina Palabra, es tan antigua como la Biblia. Porque al creyente siempre le ha interesado comprender la Palabra de Dios y sobre todo entenderla desde su situación. Siempre en relación con la Biblia se ha practicado la hermenéutica, a veces de una manera implícita, ahora de un modo explícito. Porque no hay lectura de la Biblia que no sea hermenéutica y esto se da desde el principio.

1. La Biblia como primer momento hermenéutico.

Israel nunca cesó, a la luz de las nuevas intervenciones de Dios en la historia de la salvación y

bajo el empuje de nuevas exigencias y problemas, de reinterpretar, de releer su pasado y las Escrituras que lo habían codificado.

La misma historia de la formación literaria de muchos libros muestra que la literatura bíblica se ha desarrollado mediante el aporte de estas reinterpretaciones, destinadas también ellas a llegar a ser Escritura Sagrada. Algunos ejemplos:

- La historia de los Patriarcas del Yahvista (J), reelaborada por la tradición sacerdotal (P), según su modo literario y teológico;
- El código del Deuteronomio que reactualiza muchas leyes (Deut. 12-26) del código de la alianza (Ex. 20, 22-23, 3);
- El Eclesiástico es muchas veces una reflexión existencial sobre temas antiguos (Ecli. 3 es un comentario del cuarto mandamiento);
- Los profetas son los que más reactualizan o releen las tradiciones pasadas.

Esto nos muestra que hay un cierto tipo de **comprensión**, una búsqueda del sentido de la Escritura que parte de la convicción de su **carácter antiguo y nuevo**, al mismo tiempo. Un detalle interesante ya en ese tiempo y que nos muestra cómo lo que nos parece más moderno es en realidad lo antiguo, que tal vez habíamos olvidado, es que el sentido buscado no es exactamente el que podría deducirse por los primeros lectores sobre la base de las circunstancias de su tiempo, sino más bien el que el lector más reciente puede descubrir, teniendo presentes los problemas que le son contemporáneos y a la luz de la Revelación acaecida en el tiempo transcurrido entre el antiguo escritor y el escritor-lector actual. Se trata en última instancia de una reactualización de textos antiguos, que en el Judaísmo tomará el nombre de "Midrash". Un claro ejemplo lo vemos en el II Isaías, cuando éste se refiere al éxodo de Egipto no simplemente para re-

cordar el pasado, sino para anunciar un nuevo éxodo. El primer éxodo revela una dimensión significativa más profunda, cuando el pueblo lo recuerda en cuanto proyecto de liberación en nuevas situaciones de opresión y cautiverio. Y no solamente lo releyó el Antiguo Testamento. También la comunidad cristiana primitiva y también los oprimidos de hoy, en la comunidad cristiana, lo encuentran cargado de significado como paradigma de liberación.

2. El Judaísmo, la relectura neotestamentaria del AT y la fijación del canon como segundo momento hermenéutico.

Consciente de que la Escritura debe ser norma de vida para la comunidad de los creyentes, aunque cambien las circunstancias históricas, el Judaísmo intertestamentario advirtió la exigencia de una interpretación oficial de la Escritura. Nació así el "midrash", con sus divisiones.

A estos principios que podemos llamar teológicos, el Judaísmo adjuntó principios técnicos de exégesis necesariamente ligados con la cultura de su tiempo: exégesis simple, basada sobre el sentido obvio de los textos; exégesis filosófica, que especula sobre las particularidades lingüísticas del texto; exégesis dialéctica que ama el razonar sobre el contenido del texto.

La formación y sobre todo la fijación del canon es un fenómeno hermenéutico que excluye otras lecturas y orienta la interpretación de nuevas prácticas. La clausura del canon judío se hizo porque los judíos sintieron la necesidad de delimitar el crecimiento de los textos religiosos y de oponerse a la formación de una literatura cristiana que era una relectura del Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento se presentaba con la pretensión de ser una interpretación nueva y absolutamente auténtica de la Sagrada Escritura y aportó un nuevo principio hermenéutico que no se basa, sin embargo, en un nuevo conocimiento teórico,

sino en un acontecer histórico-real: el acontecer de salvación en Jesucristo, en quien el Antiguo Testamento encuentra su cumplimiento. A la luz de este cumplimiento en Cristo debe entenderse, a partir de entonces todo el Antiguo Testamento: sólo así se hace patente el sentido de la Escritura.

La fijación del canon del Nuevo Testamento es también un acto hermenéutico. Al hacerlo, la iglesia excluye de los libros normativos la tan numerosa literatura de los apócrifos, que pretendía pasar ~~por~~ inspirada. Rechaza la postura de Marción que no admitía al Antiguo Testamento y algunos libros del Nuevo y dice cuáles son los libros que hay que recibir con fe.

3. Un tercer momento hermenéutico: desde los Padres de la Iglesia.

La primera gran reflexión sobre el problema hermenéutico la podemos hacer remontar hasta Orígenes. Con la edición de las **Hexaplas** practica la crítica textual con el fin de establecer el texto. Pero, al mismo tiempo, se esfuerza por encontrar el sentido espiritual de los textos bíblicos. La alegoría, introducida por Filón, en su exégesis de la Biblia, es en Orígenes y en la escuela de Alejandría un instrumento hermenéutico que permite poner en evidencia a Cristo. Al lado de la escuela de Alejandría tenemos la de Antioquía, que se atiene al sentido literal e histórico de las narraciones bíblicas.

La exégesis medieval con su exposición de los cuatro sentidos, el literal, el alegórico, el moral y el anagógico, nos da un principio de interpretación bíblica.

Aquí vale la pena citar al P. Grélot: "Lo que la teología monástica busca efectivamente en la lectio divina no es el conocimiento de un pasado desaparecido para siempre, ni la curiosidad ávida de saber. Es el alimento de una fe, que, a partir de los textos sagrados y de los hechos que éstos refieren, quiere co-

nocer el misterio de Cristo y de la Iglesia para florecer en existencia cristiana y contemplar ya anticipadamente la eternidad hacia la que se encamina" (P. Grélot. *La Biblia, Palabra de Dios*. Ed. Herder, Barcelona, 1968, p. 26).

4. **Edad Moderna**

Desde el principio de la Edad Moderna, el problema se agudiza, no sólo porque se sostenían nuevas tesis que se apoyaban en la Escritura y así se obligaba a los teólogos a inclinarse nuevamente sobre la Biblia para justificar de un modo más crítico las interpretaciones que de ella se daban; ni únicamente por el culto a la Biblia que la reforma pretendió promover; sino sobre todo porque el "principio escriturístico" sobre el cual toda la Reforma pretendía fundarse, el principio de la "sola Scriptura", correspondía en realidad a la introducción en la Cristiandad de un nuevo principio hermenéutico. En efecto, el principio de la "sola Scriptura" no significaba solamente el rechazo de toda regla de fe e interpretación exterior a la Escritura; implicaba además la posibilidad para la Escritura de revelar por sí misma su significado. Por este motivo, el Concilio de Trento sintió la necesidad de oponerse a la Reforma con otro principio hermenéutico. Propuso a los creyentes la Iglesia y la Tradición como el criterio de interpretación de la Biblia.

Ahora también se crea una división en el canon. Los protestantes asumen el canon hebreo y los católicos y ortodoxos el canon alejandrino.

Conclusión:

La hermenéutica nos muestra cómo debe realizarse el diálogo entre Dios y el hombre. Un diálogo que tiene en la Biblia uno de sus elementos. Un diálogo siempre posible y no sólo posible sino necesario. Porque sólo en el diálogo el hombre encuentra su perfección y porque en el diálogo con Dios el hombre se entiende a sí mismo, como alguien que, a pesar de su

ciencia, sus adelantos en técnica, no encuentra una respuesta sobre el sentido de su vida por la ciencia y por la técnica, sino por la Palabra de Dios, que se nos ha revelado por medio de su Hijo muerto y resucitado.